

**Triunfo en la Carbonera. Restablecimiento del sitio de Oaxaca
y rendición de la plaza.**

1866

DEJAMOS en el capítulo anterior á las fuerzas republicanas, con el general Díaz á la cabeza, en el camino de Etna, las armas embrazadas y al paso veloz.

Efectivamente, temeroso el general de que el enemigo llegara á la meseta de La Carbonera antes que su columna, con lo cual la batiría en el declive de subida, mandó precipitar la marcha cuanto era posible; pues de llegar oportunamente, á él tocaría colocarse al lado opuesto de la citada meseta, y entonces tener que ascender bajo sus fuegos al contrario.

No se consiguió tal ventaja; pero sí, al menos, encumbrar á la altiplanicie, á la vez que por rumbo opuesto lo hacía el enemigo.

La meseta de La Carbonera, donde el pequeño rancho de tal nombre se encuentra situado, al centro de la misma y un poco al Sur, mide poco más de un kilómetro de Sudoeste á Noroeste, y tiene próximamente una anchura de 850 metros, habiendo en su superficie dos colinas y diversas sinuosidades.

Vista la meseta desde el Sudoeste, por donde ascendía el general Díaz, se observaba desde luego, oblicuamente á la izquierda, una colina con un barranco hacia delante de la misma, limitando el campo por el costado septentrional; en el fondo, otra colina próxima al camino por donde el enemigo ascendía; á la derecha, una ceja de monte, y al centro, cargado hacia dicha ceja, el grupo de jacales del rancho.

Por virtud de tener que evitar los accidentes del terreno, el camino del enemigo no entraba precisamente por el Noroeste, de donde procedía, sino por el Norte, avanzando antes una pronunciada curva que retorcia hacia atrás en forma de S, para poder ascender en definitiva á la eminencia. En cuanto al camino de las fuerzas republicanas era poco sinuoso y subía directamente de Sudoeste á Noroeste, teniendo un solo ancón al encumbrar.

Llega la columna del general Díaz á ese ancón, con 1.600 hombres, dos obuses lisos y un pedrero maltrecho; y recibe de sus exploradores noticia, en esos momentos, de que el enemigo, con 1.300 hombres y seis piezas rayadas de montaña, calibre de siete centímetros, está subiendo á la eminencia por el lado opuesto. Eran las doce del día.

Con la premura que las circunstancias demandaban, ordena el general en jefe que 300 infantes, bajo el mando del coronel D. José Segura y Guzmán, se adelanten por una vereda que diagonalmente corre al frente y á la izquierda, con el fin de que, cubiertos por la pequeña colina existente á ese lado y defendidos por la barranca que se adelanta á la colina, se coloquen y estén en disposición de atacar por sorpresa el flanco del enemigo en momentos oportunos; ó de correr á campo traviesa á cortar la retirada, por la curva del camino que por ese rumbo se aproxima al campo de acción. A la vez que tal fuerza cumplía con lo ordenado, el grueso avanza, y la caballería queda cubierta con el relacionado ancón del camino; á los 250 metros se toma disposición de combate, porque luego se ve haciendo lo mismo al enemigo, al lado contrario, como á 600 metros de distancia.

El coronel D. Félix Díaz, con 350 hombres, se coloca en el centro, en línea desplegada, con tiradores á vanguardia; el general Figueroa, con 300 en columna en el ala derecha, un tanto avanzado entre los arbustos y árboles de ese costado, también adelantando tiradores; y el coronel Espinosa y Gorostiza, haciendo cosa semejante en cuanto á tiradores, cubre en columna el ala izquierda, con otros 300 hombres y la artillería; dejando libre el camino sobre que estaba en los primeros momentos y pasando á la izquierda del mismo, adelantándose defendida por sus sinuosidades á la altura de Figueroa, con el fin de dejar el paso expedito á la caballería, que había quedado á retaguardia bajo las órdenes del general D. Vicente Ramos, en número de 350 jinetes.

En tal forma el grueso de las fuerzas del general, afectaba una media luna, con la caballería en segunda línea y con una fuerza de infantería avanzada y oculta diagonalmente á la izquierda.

La columna imperialista había tomado, para su artillería é infantería, la colina situada en el fondo de la meseta, y cubierta con dicha colina, á un flanco, formaba su caballería.

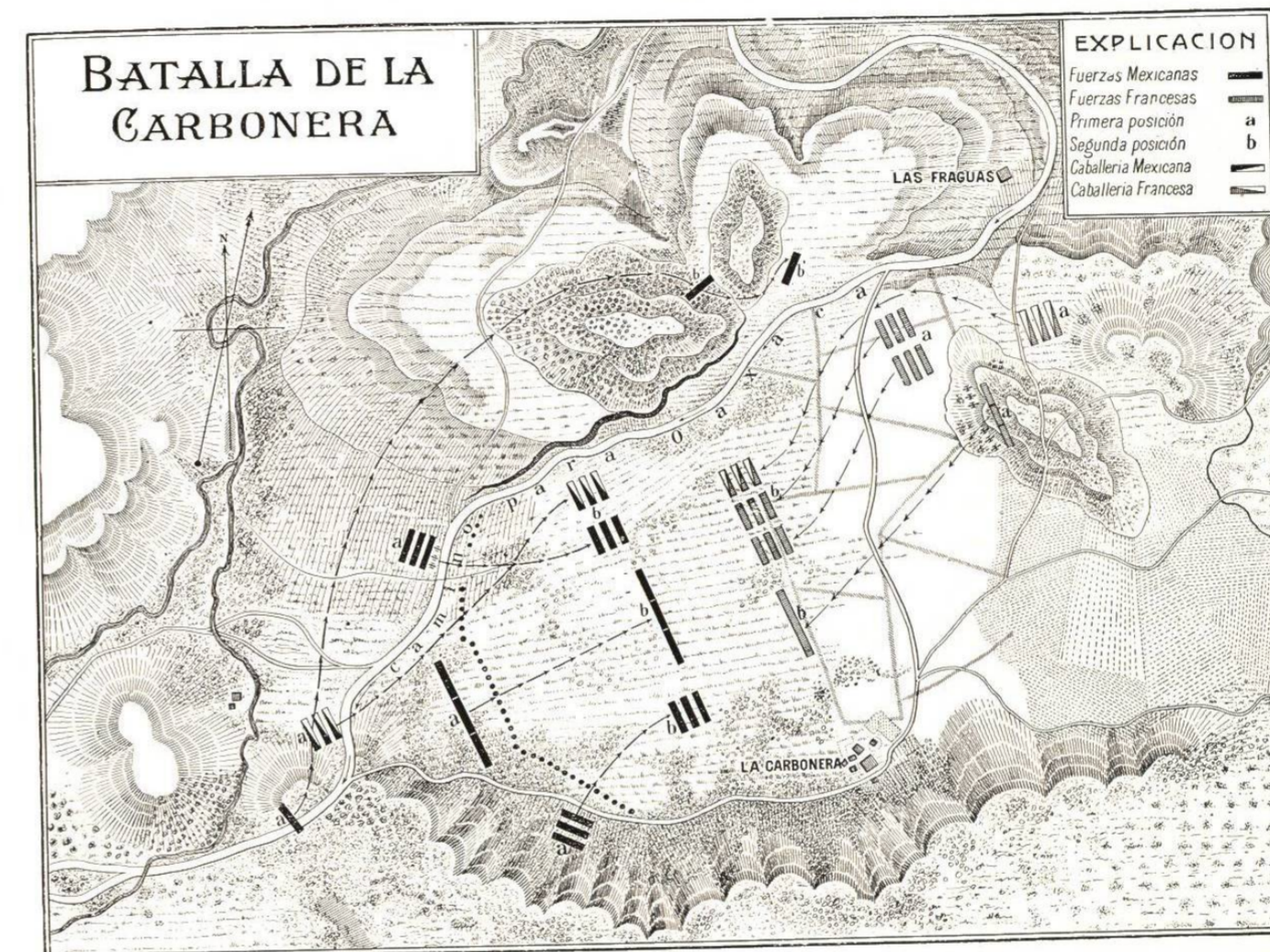
«Aun no acababa yo de colocar las tropas, —dice el general Díaz en sus apuntes, — pues mandaba, por medio de mi mayor de órdenes el coronel D. Manuel González, hacer á un lado del camino las del coronel Espinosa y Gorostiza, cuando el enemigo, bajo la protección del fuego de su artillería, destacó una espesa cadena de tiradores franceses, que avanzaron con intrepidez y llegaron cerca de mi línea, sin que pudiera impedirlo el fuego de los míos y de mis cañones. Fué necesario ejecutar un contra-ataque con la mitad, respectivamente, de las dos columnas de las alas, y esto ocasionó que el enemigo emprendiera una decisiva carga con la mayor parte de su infantería. No obstante que yo reforcé las medias columnas con sus correspondientes restos, fueron obligadas á replegarse á los costados, á la ceja de monte y barranco de los respectivos flancos, ante el empuje del contrario, bien sostenido en esos instantes por la brusca salida de su caballería, que en su mayor parte era húngara. Lancé entonces al combate toda la reserva que me quedaba, formada por la tropa del centro, lo mismo que la caballería que había dejado en segunda línea; y cuando rechazado á virtud de esto, el enemigo llegaba desordenado á la colina, base de su operación, donde aun conservaba una pequeña reserva y su artillería, moví por medio de un toque convenido al coronel Segura, que apareciendo de improviso en el alto relieve del terreno, por el costado izquierdo, corre á cortar su retirada.

»Este movimiento que se ejecutaba á la vista del enemigo, por encima del relieve de que hablo, y mi ataque vigoroso por el frente, determinaron la fuga de la caballería traidora, y una parte de la húngara, y la confusión y derrota de la infantería. De pronto se hicieron unos 600 prisioneros y se quitaron cuatro cañones, y sobre la persecución dejaron los fugitivos otro cañón y un montaje solo, cuya respectiva pieza se llevaron á lomo de mula, y se les capturaron cien hombres más.»

La persecución se efectuó en un trayecto de doce kilómetros, y duró hasta las siete y media de la noche; se recogieron de manos de los prisioneros, y del campo, más de 800 armas de fuego.

La oficialidad de la infantería enemiga toda fué capturada, y entre ella se contaban veintitrés de nacionalidad extranjera.

La columna enemiga era mandada por el austriaco coronel Hotse é iban á sus órdenes el general Trujeque y el entonces coronel D. Hermenegildo Carrillo; la composición de tal columna,



PLANO DE LA BATALLA DE LA CARBONERA

fuerte de 1.300 hombres como hemos dicho, era de un batallón de infantería austriaca, dos compañías de enganchados voluntarios franceses, tres escuadrones de húngaros y dos de mexicanos.

El combate contra ella comenzó á la una de la tarde, y su derrota quedó consumada á las cinco, habiendo sido perseguidos sus restos, por el propio general en jefe, más de dos horas.

Las estratégicas combinaciones efectuadas por el general Díaz para preparar ese combate, habían dado los resultados esperados por él y bien merecidos por sus esfuerzos. Las armas nacionales se cubrieron de gloria en La Carbonera, donde la victoria fué bravamente disputada, y bien costosa á nuestras tropas, que dejaron el campo de batalla regado de muertos y de heridos.

Pero tal y como nuestro biografiado lo había proyectado, al presentarse á su mente los grandes problemas que enunciamos, las fuerzas del general Figueroa habíanse salvado de ser batidas aisladamente; la columna auxiliar de Oaxaca, vencida, había mordido el polvo en La Carbonera, y la tropa

triunfante de Porfirio Díaz volvía á adueñarse de la plaza que antes sitiaba. Esos eran los frutos alcanzados tras de la angustia, al presentarse una situación erizada de peligros que provocó una inmediata y atrevida resolución para sobreponerse á ella, y calculadas rápidas marchas y contramarchas estratégicas, á fin de desarrollar un luminoso plan, en que se necesitó tanto del genio del general en jefe para concebirlo como de su audacia para aceptarlo, y de su vigor de atleta para llevarlo á efecto, con objeto, después de ejecutadas las preparaciones, de ponerse al frente del enemigo con que había de combatir, fiando ya el resto á las operaciones tácticas y al valor que, con su ejemplo, supo inspirar siempre á sus tropas el caudillo de Oriente.

Se había triunfado hasta allí de todo: tiempo, distancias y enemigo se calcularon para vencer; y luego, tras la victoria, se emprendía la marcha á la capital del Estado. ¿Oaxaca se rendiría?

Tal interrogación se levantaba ante los sucesos. Veamos cómo procede el general Díaz, según nos explica en sus apuntes, en lo que á la ciudad de Oaxaca se refiere:

«El 19 de Octubre de 1866 volví á Huitzo, y el 20 á Oaxaca para restablecer el sitio.

»La primera noticia que tuvo Oronoz de que venía á auxiliarle una columna y de que había combatido, fué una de las circulares que yo mandé á todos los pueblos, para que me proveyeran de hombres y camillas á fin de hacer el transporte de los heridos.

»Oronoz se aperció, naturalmente, de que había tenido lugar un reñido combate; pero dudaba de su resultado y había ordenado al jefe que mandaba el fortín de la Soledad, situado en una avanzada eminencia, que cuando alguna columna de tropa se acercara, disparase, como aviso á la plaza, si era amiga, tres tiros de cañón consecutivos; y si era enemiga, un solo tiro con bala, en dirección á ella.

»Como los primeros que formaron en la columna, con hileras de mis soldados á los flancos, eran los prisioneros austriacos, y todos tenían parte de su uniforme rojo, el jefe del fortín de la Soledad anunció, engañado por esto, la presencia de una columna amiga; equivocación que no tardó en reparar cuando estuvimos más cerca y pudimos ser examinados mejor.

»Reocupé, sin que el enemigo hiciera seria resistencia, toda la línea que había tenido antes, efectuando ligeros tiroteos que duraron hasta media noche.

»Al día siguiente seguí estrechando el sitio, y lo mantuve hasta el día 30 haciéndolo más riguroso. Cuando me preparaba á atacar el dominante fortín de la Soledad, como operación preliminar para asaltar en seguida los edificios de la ciudad, que el enemigo ocupaba, éste tocó parlamento y me propuso la entrega de la plaza mediante condiciones, á lo que contesté que sólo aceptaría su rendición incondicional. Así me la ofreció bien luego, y nombré en comisión, para el arreglo de los detalles de la capitulación, al general Figueroa y á los coroneles D. Manuel González y D. Félix Díaz. El enemigo se rindió á discreción é hizo la entrega el 31 de Octubre. Refundí toda su tropa en mis batallones y establecí prisiones convenientes para los jefes y oficiales.

»Al ocupar la plaza de Oaxaca di el grado de general, usando de las facultades que tenía, á los coroneles D. Manuel González y D. Faustino Vázquez Aldana, no haciendo lo mismo con el coronel don Félix Díaz por ser mi hermano, sin embargo de que me lo suplicaron sus agraciados compañeros; pero habiendo esto llegado después á conocimiento del gobierno general, se me envió el despacho de general graduado, expedido en favor de mi citado hermano.»

Oaxaca se rendía al vencedor de La Carbonera, y entregaba 1.100 hombres armados y los depósitos de fusiles y municiones que existían en aquella ciudad, que fué por dos largos años centro

de operaciones del enemigo; y entregaba, además, treinta cañones de plaza y de montaña y una maestranza.

Aquel período de una campaña tan batallosa como feliz, terminaba y había que proseguir la guerra; pero los soldados voluntarios del Estado de Oaxaca, que arrastrados por el patriotismo y la fascinación que sobre ellos ejerciera Porfirio Díaz, habían corrido á alistarse bajo sus banderas en los más porfiados instantes de la lucha, en que la victoria vacilante no sabía á quién discernir el premio triunfal; esos soldados pedían descanso, según ofrecimientos que se les tenían hechos para cuando se ocupase la capital, y era necesario atender su petición. Iban esos ameritados patriotas á preparar lo necesario á sus familias para otra nueva ausencia; iban algunos á reparar personales pérdidas; iban otros á restañar recientes heridas.

Por tal manera, se puso en descanso á una parte considerable de las tropas, expresándoseles que serían oportunamente citadas, pasado un período de dos ó tres meses. En tanto, debían estar con el carácter de guardia nacional en sus pueblos.

El general Figueroa, con su fuerza organizada, se dirigió á la sierra de Tuxtepec, de donde dicha fuerza procedía; y aumentada ella, habría de volver al palenque.

Se hizo un llamamiento á los vecinos de la ciudad, y con los que se presentaron para custodia de la misma, se organizaron mil hombres, que se dejaron bajo el mando del general D. Alejandro García, quien por dificultades de carácter político habíase retirado de la costa veracruzana.

Bajo sus órdenes se puso también al general D. Manuel González, organizando con cuadros de jefes y oficiales, y alguna tropa que servía de pie veterano, tres batallones de cazadores, uno de artilleros y una compañía de zapadores.

En cuanto al general Díaz, no se daba descanso: preparaba las tropas en la forma que indicamos; organizaba el gobierno del Estado y se dirigía, dictando sus disposiciones, á los demás de la línea de Oriente; y al fin, con objeto de no dejar enemigo á retaguardia, para, libre de él, poder en tiempo oportuno lanzarse al interior, en los primeros días de Diciembre de 1866, con 1.200 hombres y tres piezas rayadas de montaña, salió sobre fuerzas contrarias que se mantenían en Tehuantepec.

¡A luchar sin tregua, á la campaña! Las cornetas de sus batallones, el día 12 del relacionado mes, daban el toque de marcha, y la marcha se emprendía.

No dejaremos de dar cuenta de un suceso trascendental en la educación, que tuvo efecto en los días que permaneció en Oaxaca el general Díaz. Es una nota simpática, rodeada de armonías, que sonaba en el instante de tregua en que cesaba el fragor de la fusilería y del cañón; era una flor que brotaba de la campiña ensangrentada. Oigamos hablar sobre este punto al estadista, que con mirada penetrante, en medio de la lucha, no descuidaba las cuestiones sociales, de tanta trascendencia en el porvenir de los pueblos. Dice el militar estadista, en su Autobiografía en relación, sobre el punto enunciado:

«Había tenido ocasión de ver muy de cerca, en el curso de la campaña, el estado de atraso que guardaba, en las pequeñas poblaciones, la educación de la mujer, lo cual la hacía egoísta; y esto trascendiendo en la familia producía naturalmente sus amargos frutos, pues ella en el hogar, cuando no ve más allá que el hogar mismo, entibia los entusiasmos y hasta paraliza los sentimientos altruistas del patriotismo. Así es que juzgué un deber dar el primer paso en la educación de la mujer, en Oaxaca; y con ese objeto, al hallarme en la capital después de la rendición de Oronoz, sin embargo de la grande escasez de recursos con que luchaba y de la necesidad de aplicar, de toda preferencia,

los muy pocos de que podía disponer á la organización del cuerpo de ejército con que intentaba emprender la campaña contra Puebla y México, establecí el 2 de Diciembre de 1866 una academia de educación secundaria para niñas, que fué la primera que se organizó en los Estados de la República, y á la cual he tenido la satisfacción de ver después prosperar grandemente.»

El militar, en aquellas circunstancias, atendiendo á la descuidada educación de la mujer, mostraba al estadista de altas miras, de concepciones profundas, y siempre al hombre de gran corazón, amante de su patria.

Pero las bandas dan el toque de marcha y las tropas forman. El general Díaz se pone á su frente y, como hemos dicho, el día 12 del citado mes y año, Diciembre de 1866, desfila por las calles de la ciudad, y en columna de viaje toma el camino de Tehuantepec.

Tal derrotero le marcaban las necesidades de la guerra.



XXVII

**El general Díaz abre campaña en Tehuantepec. Regresa á Oaxaca
y se prepara para dirigirse al interior
de la República, de cuya situación se da una idea general.**

1866-1867

EL general Díaz llevaba hacia Tehuantepec, por objetivo, la fuerza enemiga que era á las órdenes del general D. Luciano Prieto, quien falleció en tanto que él marchaba á abrir campaña en su contra, ó á procurar su sumisión, que, por algunos antecedentes, llegó á juzgarse posible. Lo substituyó luego en el mando el coronel D. Remigio Toledo, que al empezar el año de 1865 había defecionado, pasándose con alguna tropa que era á sus órdenes al servicio del llamado Imperio.

Después del fallecimiento de aquel jefe, importaba activar más las operaciones, pues á Toledo era preciso vencerlo á fuego y sangre, y el general Díaz tenía contado su tiempo para esa campaña, puesto que habría de hacerla en tanto que efectuaban su organización en Oaxaca las fuerzas con que emprendería serias operaciones al interior de la República, con el fin de que, al lanzarse á fondo en ellas, no le quedara enemigo á retaguardia.

En tal concepto, el 18 de Diciembre llegó á Jalapa desde Tehuantepec, hallándose la fuerza enemiga, en número de 1.300 hombres, en la ciudad cabecera del mismo Tehuantepec, que tal nombre lleva.

La relación que hace el general de ese suceso, dice así:

«Ejecuté mi marcha sin novedad hasta Jalapa, ocho leguas antes de llegar á Tehuantepec, y allí supe por mis exploradores que el enemigo tomaba posiciones ventajosísimas en un lugar llamado El Tablón, á la margen izquierda del río de Tehuantepec. En consecuencia, al emprender mi marcha el día siguiente, 13 de Diciembre, hice una desviación á la izquierda, tomando el camino que conduce á Guevea por La Chitova, con objeto de evitar el paso por un camino hondo, con altura ocupada por el enemigo á un flanco y con el río al otro. Por tal medio podía ocupar la ciudad de Tehuantepec, sin combatir caso de que Toledo siguiera en sus posiciones, ó si las abandonaba para evitármelo, lucharíamos en terreno que no fuese ventajoso para él.»

Como el coronel Toledo tenía avanzadas que dominaban el terreno donde el general Díaz operaba, se apercibió de su movimiento de flanco, y luego tomó su retaguardia y de un modo decidido